

COOPERACION INTELLECTUAL

Un mensaje de Leopoldo Lugones a la Prensa española

Otra vez el argentino Leopoldo Lugones, que a su alta personalidad de poeta junta una gran autoridad política en su patria, lanza a la quieta España una excitación digna de ser acogida y realizada. A fines de 1922, sin duda alarmado por la progresiva invasión de culturas extrañas en los pueblos americanos de habla española, había propuesto el gran escritor a nuestro Ateneo de Madrid la creación de un Instituto destinado a la difusión de la cultura hispánica. Esta idea no tuvo ninguna consecuencia. Movido del mismo impulso, propone ahora, a fin de que España no quede rezagada en la empresa de cooperación intelectual iniciada en Ginebra en la Sociedad de Naciones por los intelectuales del mundo, un Instituto semejante a los creados en París y en Roma, al cual daría la misión filológica del estudio de las lenguas derivadas del latín, o del derecho marítimo en otro caso.

Tan oportunos juzgamos la idea general como el tema especial elegido para esta empresa de cultura. La filología románica cuenta en España con un núcleo de investigadores a cuya cabeza está el sabio Menéndez Pidal. El derecho marítimo, menos explorado, tiene en España fuentes antiquísimas y originales. Sobre todo, el encabezamiento de París y Roma — dos pueblos latinos — debe ser suficiente acicate que nos empuje a no ceder nuestro puesto en esta obra, que a su carácter pacifista internacional une el evidente de una aproximación hispanoamericana, siempre buscada y nunca suficientemente lograda.

Preciso es que respondamos con obras a las frecuentes excitaciones que nos vienen de las Repúblicas suramericanas, que siempre nos entregan con la idea la iniciativa, el puesto preferente, la dirección, la realización. Desgraciadamente, a este amor, a esta galantería, nunca contestan más que nuestro silencio y nuestra pasividad funesta. Esta ha sido nuestra actitud, lo mismo ante la idea de un Instituto de cultura hispánica, que ante la de un Congreso hispanoamericano, expuesta en *El Sol*, en enero de 1923, por otros prestigiosos escritores de allende el Atlántico.

A nuestros intelectuales y a nuestros gobernantes entregamos el proyecto del insigne poeta de *Las montañas de oro*, sublimador de nuestra lengua y celoso defensor de la cultura hispánica. He aquí el mensaje que envía por nuestro conducto a la Prensa española:

No bien se supo el otro día en Ginebra que el Gobierno italiano, asociándose a la admirable empresa de Francia, iniciadora en el asunto, decidía fundar en Roma un Instituto de cooperación intelectual como el de París, a fin de dar, con ello, órganos permanentes de acción a la Comisión epónima de la Liga, conversé con algunos escritores y diplomáticos españoles que andaban por allá en tonces, sobre la oportunidad de que España hiciera lo propio en Madrid, no sólo para contribuir de tal modo a la grande obra humana de organizar la paz, mediante la comunicación espiritual, que es el verdadero método, sino para definir el propósito, mediante ese complemento eminente, como una obra latina, destinada de suyo a la dirección de la mente y de la conciencia humanas.

Así como Italia especializará su Instituto en el estudio del derecho privado, bajo un concepto muy romano, ciertamente, y con ello de grande acierto tradicional, España podría hacerlo, por ejemplo, con la investigación de las lenguas romanas, ya que el castellano es la de formación más compleja, o con la historia del derecho marítimo, a título fácil de comprender: ocurrencias, que, desde luego, son meros temas, sin pretensión de consejo.

Mi amigo Ortiz Echagüe cree que puede ser útil mi palabra en el asunto, aun cuando yo había entregado la ocurrencia a quienes corresponde, sin duda, la iniciativa; y he aquí por qué escribo estas líneas, dedicadas a la Prensa española, si ella las creyese dignas de su acertada publicidad.

LEOPOLDO LUGONES

(El Sol, Madrid)

Una tarde con Lucrecio

Sr. D. Tomás Povedano,

San José, Costa Rica.

Mi distinguido señor Povedano,

Acabo de ver unas líneas dirigidas a usted por alguien que firma Leverrier, pero no he logrado enterarme de su respuesta a la pregunta final que exige cuatro palabras nada más. Pero es posible que admita por lo menos tantas palabras como la pregunta contiene y en tal caso permítame responder con usted diciendo: *Una rama de la teosofía solamente ha revelado al mundo todas las ciencias fundamentales.*

Ahora añadiré: todas las ciencias fundamentales hoy entrevistas y todas las ciencias fundamentales hoy no sospechadas o desdeñadas. Los grandes progresos materiales de nuestra época se deben a la mecánica y a la navegación, esto es, a las Matemáticas y a la Astronomía.

Las matemáticas actuales, en lo esencial, son de origen griego, se deben a Pitágoras y a Euclides, ambos iniciados en los templos egipcios, ambos teósofos, así como Proclo, que es quien nos ha legado cuanto sabemos de Euclides, en sus *Comentarios* a los *Elementos*.

La geometría no euclidiana que es conquista de estos últimos años recibió impulso del astrónomo Zollner cuando para explicarse fenómenos trascendentales habló de la cuarta dimensión, Zollner estuvo en contacto con enseñanzas ocultas. Después vinieron Riemann y los demás.

La Astronomía moderna quizás date de Copérnico. Pero este varón llegó al concepto heliocéntrico leyendo un manuscrito pitagórico donde este sistema se exponía. Por otra parte, en Italia, donde concibió Copérnico su sistema, las enseñanzas heliocéntricas de los pitagóricos se discutían francamente en el siglo quince. Esa enseñanza es muy antigua y se debe a la Iniciación oriental de donde se derramó por las antiguas escuelas secretas.

Como el señor Leverrier dícese haberse llamado Lucrecio, voy a *De Rerum Natura* del viejo Lucrecio Caro para comprobar que esa doctrina se enseñaba en su época y que el desdichado Lucrecio, que tantas cosas debe a las doctrinas de la Iniciación antigua, aquí, por abandonarlas, sufrió un grave error.

Dice al final del Libro I, v. 1052: «*Illud in his rebus longe fuge credere, memmi, etc.*» largo pasaje que traducido corre así:

«A propósito de estas cosas, guárdate, Memmio, de creer, como algunos dicen, que todo tiende hacia el centro del Universo, que, gracias a esta atracción el mundo se sostiene sin el auxilio de choques exteriores y que no puede dejar de haber alto y bajo en todas partes, pues que todo tiende a un mismo centro—¿crees tú que un cuerpo pueda ser su propio punto de apoyo?—en fin que los cuerpos pesados situados del otro lado de la tierra tienden todos hacia la superficie superior y que reposan